

Oswaldo Guevara

La sangre en armas



#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora

dar a leer
COLECCIÓN
UniRío
editora

La sangre en armas

Oswaldo Guevara

dar a leer
COLECCIÓN

UniRío
editora



Universidad Nacional de Río Cuarto
Río Cuarto – Córdoba - Argentina

Guevara, Osvaldo

La sangre en armas / Osvaldo Guevara ; comentarios de Pablo Dema. - 1a ed. . - Río Cuarto : UniRío Editora, 2015.

98 p. ; 21 x 17 cm. - (Dar a leer)

ISBN 978-987-688-135-7

1. Poesía Argentina Contemporánea. I. Dema, Pablo, com. II. Título.
CDD A861

La sangre en armas

Osvaldo Guevara

2015 © *Osvaldo Guevara*

© *UniRío editora*. Universidad Nacional de Río Cuarto
Ruta Nacional 36 km 601 – (X5804) Río Cuarto – Argentina
Tel.: 54 (358) 467 6309 – Fax.: 54 (358) 468 0280
editorial@rec.unrc.edu.ar
www.unrc.edu.ar/unrc/comunicacion/editorial/

Primera edición: *Octubre de 2015*

ISBN 978-987-688-135-7

Tirada: *500 ejemplares*

Ilustración de tapa: *Sergio Stiff*

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

Colección *dar a leer*
Directores: José Di Marco y Pablo Dema

dar a leer
COLECCIÓN



Uni. Tres primeras letras de “Universidad”. Uso popular muy nuestro; la Uni.

Universidad del latín “universitas” (personas dedicadas al ocio del saber), se contextualiza para nosotros en nuestro anclaje territorial y en la concepción de conocimientos y saberes construidos y compartidos socialmente.

El río. Celeste y Naranja. El agua y la arena de nuestro Río Cuarto en constante confluencia y devenir.

La gota. El acento y el impacto visual: agua en un movimiento de vuelo libre de un “nosotros”.
Conocimiento que circula y calma la sed.

Consejo Editorial

Facultad de Agronomía y Veterinaria
Prof. Laura Ugnia y Prof. Mercedes Ibañez

Facultad de Ciencias Humanas
Prof. Pablo Dema

Facultad de Ciencias Económicas
Prof. Ana Vianco y Prof. Gisela Barrionuevo

Facultad de Ingeniería
Prof. Jorge Vicario

Facultad de Ciencias Exactas, Físico-
Químicas y Naturales
Prof. Sandra Miskoski y Prof. Julio Barros

Biblioteca Central Juan Filloy
Bibl. Claudia Rodríguez y Bibl. Mónica Torreta

Secretaría Académica
Prof. Ana Vogliotti y Prof. José Di Marco

Equipo Editorial:

Secretaría Académica:

Ana Vogliotti

Director:

José Di Marco

Equipo:

*José Luis Ammann, Daila Prado, Ana Carolina Savino
Maximiliano Brito, Daniel Ferniot*

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora

Índice

Oswaldo Guevara o los timbales del sol	9
SONETOS	15
El gallo rojo	17
Vital	18
El tiro	19
Ubérrima	20
Rural	21
Tu risa	22
Soneto olfativo	23
La sequía	24
Artemio Arán	25
Piedra viva	26
El buey grueso	27
El toro viejo	28
El agua	29
OTROS POEMAS	31
Hacia el grito	33
Telúrico	36
Tierra inmóvil	38
Madrigal bárbaro	42
Oración roja	46
La fuente	50
El arquero	52
Agua fértil	54
El hijo pródigo	57
Tirando piedras	59
Deshabitado	60
Letanía por tu piel	62
Estampa	64
Torrencial	66
Risa en alto	68
CODA	71

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora

Oswaldo Guevara o los timbales del sol

Curioso y sugerente es el sintagma con el que se nombra esta colección. *Dar a leer*. Es mucho lo que se involucra en esa corta frase, puesto que se convoca conjuntamente la práctica de la lectura, que es sin más uno de los pilares fundamentales de la cultura, de la civilización como tal, y la idea del *don*. ¿Pero qué se da, quién es el que da y a quién se lo ofrece? Se ofrece, no un producto, no un libro, sino el *leer*; se crean y recrean las condiciones para la lectura. ¿Pero acaso no se lee todo el tiempo?, pensamos. Sí y no. Se lee lo que se puede, lo que está a la vista y a la mano, lo que se publica y lo que circula. Pero acá se trata de dar a leer como quien ofrece un alimento fundamental que hay que poner al alcance de quienes más lo necesitan. Quien da aquí es la UniRío, la editorial universitaria, pista de despegue de las nuevas producciones y reservorio también de nuestro acervo cultural. Se trata de dar a leer lo que nos nutre desde el inicio, de reencontrar lo que nos apuntala como comunidad desde el pasado. Y de darles a leer a las nuevas generaciones para que se integren a una tradición y a una historia, para que reciban como don aquello que es propio pero que se vuelve inaccesible si no es repuesto incesantemente por los mayores. Por eso es tan necesaria esta colección de la editorial universitaria, y por eso también es insoslayable la poesía y la figura de Oswaldo Guevara. Ante todo porque Guevara gravitó profundamente en la cultura de Río Cuarto, primero con su presencia en los medios de comunicación y en los foros literarios locales entre mediados de la década del 1950 y los meses previos al golpe de 1976. Y desde entonces, radicado ya en Villa Dolores, con la perduración y la potencia de una escritura

poética que sostiene una obra de una dimensión y una solidez imponente en la que no cesamos de abreviar.

En el marco de la literatura de Río Cuarto, Guevara emerge en la década de 1950 y posteriormente participa de la fundación de la revista literaria *Cristalomanía*. En ese entonces las figuras centrales eran las de los autores asociados a la revista *Trapalanda*, Juan Filloy y Joaquín Bustamante, entre otros, contra cuyas estéticas Guevara apunta sus impetuosos cañones juveniles. Como suele suceder, estos antagonismos iniciales derivaron en vínculos amistosos intergeneracionales y en una comunicación que solo se interrumpió con la muerte de los mayores. Nacido en 1931, Guevara queda asociado a la generación de 1960, acaso uno de los períodos más fértiles de la poesía argentina. En esa década Guevara publica sus cuatro primeros libros (*Oda al sapo y cuatro sonetos*, 1960; *La Sangre en armas*, 1962; *Garganta en verde claro*, 1964 y *Los zapatos de asfalto*, 1967); el primero por una editorial de Córdoba y los otros tres en Río Cuarto; el segundo y el tercero editados por el diario *La Calle*, donde Guevara dirigía un prestigioso suplemento cultural. A lo largo de esta década decisiva Guevara construye los primeros pasos de una carrera literaria que lo posiciona en un lugar destacado a nivel nacional. De hecho, figura en una importante antología que realiza Alfredo Andrés (*El 60*, Buenos Aires: Editores dos, 1969), junto a Juan Gelman, Leónidas Lamborghini, Alejandra Pizarnik, Roberto Juarroz, Juana Bignozzi y Alberto Szpunberg, entre otros. En la presentación que hace de Guevara, Alfredo Andrés comenta: “en Córdoba, Garcilaso no murió, revive en el suscripto que además sostuvo una de las mejores páginas de crítica y divulgación literaria en el diario *La calle*, de Río Cuarto” (Andrés, 1969, 162). El comentario reafirma la existencia del prestigio como periodista cultural y sintetiza con la alusión a Garcilaso una marca de la poética de Guevara que se afirma desde sus inicios. En efecto, si consideramos las repercusiones de *La sangre en armas* en su primera edición podemos apreciar, por un lado, que concitó una enorme atención y fue muy bien valorada (obtuvo el premio Faja de honor de la SADE en el rubro poesía en 1963, galardón compartido con Silvina Ocampo y Ana Emilia Lahitte) y, por otro, que la crítica señala insistentemente

su veta “clásica”, la ductilidad de Guevara en el manejo de las formas fijas en las que descollara Garcilaso y los poetas del siglo de oro español. Este rasgo de su poética es apreciado como una nota de originalidad por casi todos los críticos que se ocuparon entonces del libro, quienes en general oponen esta poética que no oculta sus temas (fundamentalmente una vitalidad desbordada que se expresa en el amor y en las fuerzas de la naturaleza) ni desdeña las herramientas que le legó la tradición a las poéticas vanguardistas que tienden un informalismo que muchas veces naufraga en un hermetismo vacuo. En ese sentido, la crítica de Carlos Mastronardi aparecida en el diario *El mundo* (edición del 21/3/1962) es elocuente. Allí señala que en sus versos Guevara “alienta el sentimiento de la naturaleza y acuña una limpia emoción bucólica”, lo cual es original ya que “los líricos de su generación cultivan una poesía que renuncia al mundo sensible”. Un poco más enfático, Velmiro Ayala Gauna orientaba su crítica de *La sangre en armas* en la misma dirección desde las páginas de la revista *Crítica* '62 (n° 2, agosto de 1962, Rosario): “para algunos *ultras*, embarcados en el fácil terreno de la arbitrariedad estilística y la pobreza conceptual, quizá Guevara no pueda catalogarse como *moderno*, porque no abjura del ritmo ni de la métrica...”. Las recensiones se suceden en *La Gaceta* de Tucumán, en *La Nación*, *La prensa*, *Clarín*, *Vea y lea*, *La voz del interior*, *Tribuna* (San Juan), *La Capital* (Mar del Plata) y por supuesto en los diarios *El Pueblo* y *La calle* de Río Cuarto, siempre poniendo de manifiesto el cuidado formal del libro, su relación con la tradición, y la fuerte presencia del tema de la vitalidad plasmada en la atención al paisaje y a todo lo viviente. Esta lectura se hace extensiva incluso en el exterior, en una crítica que recibe en el Diario *Do povo*, de San Pablo (edición del 19 de septiembre de 1963) en la que se repite la misma valoración mencionada. El libro de Guevara, dice el crítico Braulio Sánchez Sáez, presenta una “saturación bucólica” inesperada, un “soplo de energía campesina” original que no se ajusta a la “falsa” modalidad poética dominante en la época. Según el crítico, Guevara no se deja llevar por las modas que conducen a una poesía insustancial y por ende *La sangre en armas* es un paliativo para los lectores cansados de una poesía presa de un vanguardismo que ha perdido el rumbo al cortar todo lazo con la tradición. En contraposición a este punto de vista, una minoría de críticos ofrece reparos ante el uso de las formas

fijas como el soneto (en su primera edición *La sangre en armas* consta de catorce sonetos y de dieciséis composiciones de variada extensión y formas) y señalan una cierta exuberancia en el impulso que origina los poemas y en la ejecución poética desbordada de recursos.

En las opiniones encontradas de los críticos se expresa la persistencia de un conflicto que es inherente al campo literario: la tensión entre el sostenimiento de las formas heredadas y el impulso rupturista que busca una nueva forma expresiva. Sin duda que en Guevara hay un recelo por las posiciones vanguardistas extremas, las cuales corren el riesgo de naufragar en el caos propio que produce el abandono de toda pauta. Guevara se sabe poseedor de una imaginación desbordante y de un vitalismo eufórico, pero en todo momento intenta someter ese magma a una forma arduamente pulida por la razón (no hay en él cabida para automatismo o azar objetivo), los distintos patrones métricos, los esquemas estróficos y las figuras retóricas. Sucede que en su caso hay una temprana conciencia de pertenencia a una tradición cultural y literaria (Cfr. “La otra palabra de Osvaldo Guevara”, reportaje realizado por Josefina Montes y Marta Cisneros con motivo de la publicación de *Poemas en verso y prosa (inventario de una obra completa inconclusa*, Editorial de la Fundación de la UNRC, Río Cuarto, 1998, p. 25.) en la que es visible la huella poderosísima, en primer término, de los modernistas: Rubén Darío, Herrera y Reissig y Leopoldo Lugones. Además, está la posterior conciencia de que ese despliegue idiomático americano retoma un legado español cuya cúspide es la obra de Quevedo y Góngora. A su vez, Guevara acusa la asimilación de las lecciones de Pablo Neruda en lo relativo al “vitalismo” y a “su metaforización desaforada y carnal” (Guevara, 1998, 16). Con mucho tino, en el mencionado reportaje el poeta asocia su apego a las formas fijas con su condición de escritor de tierra adentro y su vida en un ámbito más conservador que el de una ciudad portuaria y cosmopolita. Sin embargo, esa condición no le impidió abrevar también en las fuentes vanguardistas (de donde toma por ejemplo el procedimiento de la imagen casi surrealista que prima en *Garganta en verde claro*), ni asimilar luego la lección del despojamiento que le aporta el sencillismo de una poesía como la de Baldomero Fernández Moreno,

explotada por Guevara en su producción más madura. Pero tal como él lo dice y lo señaló también la crítica, *La sangre en armas* es un libro “desbocado”, “desmesurado”; parte de un ímpetu vital desaforado que se plasmó en un despilfarro de figuras retóricas lindante con el barroquismo. Es por eso que en las sucesivas reediciones el autor fue comprimiéndolo, aligerando ciertas partes, eliminando ripios (quita muchas comas que entorpecían el flujo del ritmo) y eliminando versos, estrofas y hasta un poema completo. En efecto, en la edición de 1998 Guevara incluyó varias modificaciones con respecto a la edición de 1962, y en la presente hay otras perceptibles en distintos niveles, todas orientadas a atemperar esa desmesura original. El más brusco de los cambios es la eliminación de uno de los sonetos de la primera parte, “Crepitación”; otra modificación no menos importante es la severa reducción de uno de los magníficos poemas de la segunda parte, “Madrigal bárbaro”, que pasa de tener 122 versos a tener solo 72 en la versión actual. Entre los versos quitados está este alejandrino: “Y en los troncos retumban los timbales del sol”. Lo que Guevara deja a un lado por excesivo o deficiente para otros puede ser en sí mismo el corazón de un poema soñado. Y todos lo son en este libro, tanto los sonetos iniciales como los poemas de formas más abiertas y de diversa extensión de la segunda parte. Más allá de esta división, *La sangre en armas* expresa el sagrado impulso de la vida “ubérrima” mediante la descripción de los animales (el gallo, el toro, el buey), la energía del sol y del agua alimentando la tierra abierta, el cuerpo propio y el de la mujer imantados por un deseo atávico. La voz lírica canta aquí en el paroxismo de los sentidos plenos lanzados sobre la fertilidad de lo viviente brotando a borbotones por doquier, ese estado interno se trasmuta en poesía mediante un trabajo rítmico notable (la rima, el incansable juego de aliteraciones) y las sucesivas imágenes plásticas donde la sangre se reitera en un vértigo alucinante: “Crispo mi sangre de alta travesía/ y me la palpo pulpa de sandía/ y me la escucho júbilo de flauta”. (“Vital”); “mi sangre salta, mi sangre surte, mi sangre trina/ y se me alarga en tallo como el galope en flecha”. (“Agua fértil”); “se Desboca mi sangre” (“El hijo pródigo”); “Sedienta como un charco la sangre se me obceca”. (“Tirando piedras”); “Tu piel cayó en mi sangre como un trueno en el trigo”. (“Letanía por tu piel”). Ritmo e imagen, música y color en el tiempo; variación infinita de

formas que se suceden y se reiteran siempre idénticas y siempre nuevas como los ciclos de la naturaleza, como los ritmos afectivos del poeta, como el paisaje interior de quien lee. Poesía de la vida flechando el corazón del poeta, despierta emoción del poeta macerando sus versos, versos vivificando el corazón del lector a quien se le *da a leer* lo más propio de sí.

Pablo Dema
Septiembre de 2015

#YOmequedoEncasaLeyendo

SONETOS

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora

El gallo rojo

Canta en el aire azul el gallo rojo.
Su do de buche crispá el gallinero.
Y pasa erguido, heráldico, guerrero,
la pata militar, corsario el ojo.

El serrallo recela de reojo
su desafiante estampa de torero
cuando encrespándose proa certero
y al azar el empuje de su antojo.

Se consuma el asalto. El ígneo esposo
se prodiga un aplauso caluroso.
Crepita luz la cresta combatiente.

Y como rubricando el vasallaje
de ese imperio de erótico abordaje
canta otro gallo, lejos, briosamente.

Vital

Delirante en la luz bajo la incauta
reciedumbre solar del mediodía
relampagueo en rojo mi energía
sin voz, sin piel, sin órbita, sin pauta.

Solitario y ansioso como un nauta
crispo mi sangre de alta travesía
y me la palpo pulpa de sandía
y me la escucho júbilo de flauta.

Día de agua frutal, de amor, de toros.
Su picotazo eléctrico en los poros
me hace llamas los pies, humo el cabello.

Siento al pájaro en mí volverse hondura
y que la vida bárbara y oscura
raspa un cuchillo azul contra mi cuello.

El tiro

Alto de plenitud, ebrio de cielo,
me remonto de vértigo e impaciencia.
Mi vida original, barro y esencia,
me da estatura de horizonte y vuelo.

Talón de aleta, zumbador el pelo,
me desdibujó en fuego y transparencia.
Ir. La frente chispeando su frecuencia.
Ir, ir, ir. Sangre elástica, alma en celo.

Irse. Saltar al bote del impulso
y fibra y fiebre desde el ojo al pulso
remar ausencias de pasión y olvido.

Incendiarse de vida y movimiento
y clavarse en el todo como un viento,
como un tiro de gracia a Dios herido.

Ubérrima

Con un súbito golpe de cintura
y abriendo el verde la muchacha brilla.
El sol –tigre de circo- se le humilla
y hasta sonrío con su dentadura.

Un galope de pastos se apresura
al río dulce de la pantorrilla.
Todo el olor del campo se engavilla
bajo su pelo de bandada oscura.

Acompasando al trigo la cadera
llega al corral de vértigos nupciales
donde un ternero solitario gime.

Y un peón sentado junto a una lechera
mira la fértil blusa y las frutales
ubres de miel rabiosamente oprime.

Rural

Campesina con siesta en la pollera,
olorosa de surco y de semilla.
Tienes la voz soleada y amarilla
se te ha puesto la sombra con la espera.

Ya en el aire y tu piel es primavera.
La mariposa con rumor de trilla
raspa en la luz su rápida cerilla
y se empieza a estirar la enredadera.

Y tú, absorta, desatas tu cabello
que te rodea codicioso el cuello
con un dulzor de mano masculina.

Duele la tarde lentamente larga.
Y al pasar blasfemando el tren de carga
suelas tu adiós como una golondrina.

Tu risa

Tu risa de espumosa gargantilla
riega en mis huesos mieles y metales
y como un claro jugo de vocales
en el racimo de tus dientes brilla.

Cascanueces fosfórico que astilla
uvas de sol y piedras musicales
y como un crespado asedio de rosales
prende pequeñas bocas en mi arcilla.

Risa audaz, risa infiel, risa menuda
en que tu carne eréctil se desnuda
caracoleando tornasoles de agua.

Sonido que mi lengua gusta y huele
y que contra mi voz golpea y duele
como el temblor llovido de tu enagua.

Soneto olfativo

Tu olor me espía, me amenaza, reptar
entre mis pasos de animal fatiga.
Se escurre en mi nariz como una hormiga
y cuando voy por flores me intercepta.

Le huyen mi carne triste, mi alma inepta
como a un ojo infernal que me investiga.
Tu hermoso olor te vuelve mi enemiga
pero rendido el cuerpo lo recepta.

Anochece y el labio de la sombra
confidencial y grávida te nombra.
Mi olfato alea por el aire hiriente.

Y porque ya tu olor me desespera
se crispa mi talón como si fuera
a pisotear con odio una serpiente.

La sequía

Estira y se quiebra el sol la tierra dura.
Zumba el rencor de la extensión reseca.
Agua desesperada se desfleca
en el cauce voraz que la tortura.

Ronda una bocanada de amargura.
Gime la hacienda una espectral jaqueca.
Rojo el azul. El aire se diseca.
El silencio es un páramo en la altura.

Lejos la lluvia. La garganta muerde
el sabor de una nube que se pierde
por el metal de un cielo que amedrenta.

Y al pasar una vaca incandescente
pincela el sol su desnudez doliente
con un blancor exhausto de osamenta.

Artemio Arán

La barba matorral, la frente pampa
por donde un potro fantasmal galopa;
los ojos de fogón, la sed de tropa,
yergue sin prisa una rotunda estampa.

Su corazón sinfónico en que escampa
sus tormentas la sangre es una copa
para el vino del arte que lo topa
como un puño de azul, como una guampa.

Corpulento de leguas y estatura
como a un recio patriarca le murmura
la eternidad por el yuyal del pelo.

Cuando la noche esplende entre el rocío
sale a campear estrellas por el río
como queriendo arrearlas hacia el cielo.

Piedra viva

Era su risa el canto fragoroso del hacha.
En sus dientes desnudos blasfemaba un guerrero.
Balanceaba su impulso como un fosco velero.
Encendía en su aliento corvos filos de racha...

Se agazapó en su ceño como en una covacha.
Yunque le fue la espalda bajo el puño de enero.
Se adelantó en su frente una proa de acero.
Le temían las rosas. Pero amó a una muchacha.

En las tardes greñudas de aire roto y cansino
junto al talle del agua se aguzó como un tallo
su tormenta de músculos sobre la arena anfibia.

Y al sentir en los nervios la puntada de un trino
era su corazón un celeste caballo
y era su carne el hueco de una paloma tibia.

El buey grueso

Gravemente monótono el buey grueso
en un sopor elemental se arrumba
mientras la tarde en brasas se derrumba
y anda en el aire un pegajoso peso.

Porque ardió, semental, hasta el exceso
aún su sangre oscuramente zumba
pero su cuerpo le anticipa tumba
y tira de él la tierra hueso a hueso.

Cuando una mariposa –labio leve–
sobre su frente ornamental se atreve
y hacia un temblor primaveral lo ahonda

como queriendo sonreír con gracia
mueve la cola somnolienta y lacia
sin esperar que nadie le responda.

El toro viejo

En la penumbra azul, cortado a plomo,
redondo, espeso, turbio, indiferente,
deja que el aire, perezosamente,
le espolvoree aromas sobre el lomo.

Son oprobio el testuz, flácido y romo,
y la gris cornamenta decadente
y él, que fue bronce torrencial, se siente
como un eunuco, obeso, sin aplomo.

De pronto, con estrépito guerrero,
hiende un tren el crepúsculo de enero.
El toro enorme vuelve la cabeza.

Y al detonarlo un tempestuoso brío
amaga un belfo impúdico y sombrío
para bramar feroz... pero bosteza.

El agua

El agua con su piel de golondrina
mueve las sombras, los sonidos mueve
y por las piedras grávidas atreve
su azul sandalia de ágil bailarina.

Laxo en la arena estoy. La roja espina
del sol mi sangre pálida remueve
y la mano fugaz del agua leve
palpa mis pies, gozosa y femenina.

Bajo siesta cuyo ardor devora
mi carne melancólica se dora.
Un ancestral cansancio la derriba.

Pero me calza el agua su ala nueva
en los talones con sopor de gleba
y se me van los pies piedras arriba.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora

OTROS POEMAS

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora

Hacia el grito

Las cosas se empapan de mi ser
cuando las nombro, sacerdotalmente:
rosa, piedra, cuchillo, bruma, polen, caballo,
raíz, harina, vino, golondrina...

Ah, la palabra que recorta y decide,
que humea y huele,
que bulle, palpa y pesa,
que rezuma su esencia, agazapada
como en la pluma el vuelo.

Digo las cosas con labios codiciosos y húmedos,
las paladeo apretadamente,
las siento saltar como tibios surtidores en mi lengua,
reír como un rocío juvenil en mi garganta,
percutir sus frescas chispas en mis dientes,
revolotear frente a mis cejas,
resbalar por mis manos,
floreecer la tierra seca del silencio.

Y en esta soledad de larga tierra escapándoseme
ante el camino que estremece mis pies
insomnes y curiosos
aspiro el aroma de las leguas,
presiento vientos ásperamente atormentados,
escucho mi sangre suelta, proyectándome
a despecho del cuerpo en las palabras:
mar, vaca, pájaro perdiéndose,
nube, caracol cauto, ruda rama
alambrados hirsutos arando en mis dedos,
río bruñendo, sol revuelto, todo,
ah, todo,
respira ya en mi boca, dientes, lengua
y se envuelve, cantando, en mi saliva...

Pero yo tuviera una palabra,
una palabra única:
rotunda y palpitante como el casco de un toro,
delgada como los párpados del aire,
leve y tremenda,
vilano en la tormenta...
Ah, la palabra total, ceñuda y parturienta
que me llueva en la voz

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

como un puro paracaídas de paloma
ese pausado peso arrepentido
de tu vida en mi piel.

Telúrico

Hombre de piel violenta y engrandecidas manos,
polvo de tierra antigua te apenumbra los ojos.
Caminas lentamente como si se quedara
acostada tu sombra por entre los rastrojos.

No hablas. Para qué. Miras. Gotas de sol restallan
en la fosforescida desnudez del arado.
Cuántas jornadas rojas tu pulso de metal
lo enfiló como a un barco por el suelo apretado.

Esa es la vida. Tierra. Tierra oscura. Tirante.
Estrangulando rumbos de honda sed trepadora.
Ruedan como terrones tus horas al silencio.
Pájaros lastimados clarinean tu aurora.

Hombre. Tronco potente. Sordo atleta del surco.
Padre de hijos elásticos. Tutor de esbeltas mieses.
Tienes la sed del árbol, ronco de sol y escarcha.
También tu sangre cambia rumor cada tres meses.

Persistirás así: germinal y vibrante.

Tu destino de tierra remontará la muerte.

Tierra brava y jugosa tu carne desvelada,
empujará raíces desde tu impulso inerte.

Tierra inmóvil

Suena a brasa el silencio.

A horizonte quemado.

Las nubes están lejos.

El hombre está mirando.

Dura lámpara el cielo.

Rojo aceite el verano.

Las vacas como ciegas.

Vacilando.

Cuánto sol en las parvas.

Amontonado.

Contra la luz de hierro

obstinándose un tábano.

Cae con ese peso

De puño fracasado.

Piedra y vidrio en las alas
del verano.

El hombre es como tierra.
Óseo y apretujado.

Leguas de sangre hirviente
le caminan las manos.

Clavos incandescentes
crucificándolo.

Espigas con el cuello
mordisqueado.

En los alambres zumban
reflejos como látigos.

Mandíbulas patéticas
del arado.

Hay un cansancio herido
de cuernos y de pastos.

Entre el hombre y las nubes
el cadáver del campo.

Verano musculoso
con la siembra en los brazos.

Lagartijas de azogue
bailotean humeando.

Los árboles de greda.
Y esperando.

La primavera puso
gargantillas de pájaros.

Como astillas de espejo
las hojas alumbraron.

Pero el agua está lejos
del verano.

Entre el cielo y la tierra
gira un aire sin manos.

Entre el hombre y el agua
anda el verde gritando.

A unas horas del cielo
algún caballo.

Las nubes se adormecen
como ancianas rezando.

Quiere silbar. Y es llama.
Sal que ampolla los labios.

Sólo llueve silencio.
El hombre está mirando.

Madrigal bárbaro

Y cruzas tu perfume irguiendo brotes,
iluminando el campo como un grito,
burlando flores cálidas,
doliendo.

Tu perfume delgado como el perfil del pasto,
sus poros puros,
su ágil polvareda,
su incensario letárgico
fluyendo.

Ronroneo de ubre lamida por los peces,
balido de agua amaneciendo,
canto de uvas goteando,
flecha de piel tostada
tu perfume
insistiendo.

Y son sus ramas sueltas contra el rostro,
sus clavos de rosal rasgando el aire,
son su pulso y su pulpa

estremeciendo.

Muchacha de 15 años

vestida de fulgores.

Pelo volcado.

Polen sísmico.

Muchacha que avasallas

perfumando

en esta siesta en que te aspiro,

abandonado

sobre la pelvis triste de la hierba,

muriendo

de una edad que me aumenta hacia el crepúsculo,

callando

con un sopor hurraño de camino en desuso.

Solo.

Tu corpiño reparte gaviotas en mi sangre,

tu aliento pasa descolgando pétalos,

tu aroma de 15 años

inclina el tórax de los árboles

y en la barba crujiente de los cactus
tiembla como un rocío el aire de tus manos.

Yo me quedo en mi sombra.

Pero tú pasas
como un turbión de avispas
y es tu perfume
descendiendo
hasta mi vida hecha regresos,
enredada en los días como el viento en los yuyos.

Soy el bosque esperando la fuga de la siesta
con su canasta de ruidos secos a la espalda.

Y cargas tu perfume por mi olfato velludo,
cruzas tu piel bruñida por el tacto del cielo,
cruzas tus pies calzados con rumores fluviales,
cruzas tu adolescencia indolente
y la tierra se tuerce a mi contacto
como una piel amordazada
y mi mono ancestral descascara blancuras
y me gira el aliento rodeado de relámpagos

porque te amo toda
amo el sol en tu vestido,
tu siglo de quince años.

Solo
como un soldado en cuyos ojos
ya no zumba la luz,
tu perfume me raspa la garganta
como la espada zigzagueante
que clausuró el edén.

Nínfula de quince años
espiada por mis labios y mis dedos.
tu perfume distante quiere esquivar mi olfato
como una corzuela los colmillos del puma.

Y mastico tu olor como un mudo una flauta
y mi instinto es un topo
cavando hasta sangrar.

Oración roja

Esta mañana erguida siento de sol la lengua,
siento de sol la sangre, siento de sol la piel.

Siento de sol el corazón.

Todo de sol antorcha para dorar el aire,
para bruñir la vida, para brotar el ser.

Corazón incendiario,
golpeando, saltando, volando, chocando
como en un musculoso frontón,
jocundo, rotundo, profundo
corazón.

Te tiraría lejos, más lejos,
hasta el umbral del cielo,
hasta Dios.

Te grito, Dios,
desde un planeta herido,
con animales tristes, con hombres de metal,
con almas fatigadas de inventarse otros dioses
y el odio a domicilio como la carne y pan.

Yo tengo, Dios,
lo que quizás ya ni recuerdas,
tengo este corazón.
Un segundo siquiera
prueba este corazón.

La mañana es un ágil rumor de danzarina,
de pisadas fragantes resbalando en la luz.
Una emoción de trenes ronda las lejanías.
Cuelgan entre los árboles ramos de fresco azul.
Y la vida rebota de horizonte a horizonte
con una retumbante tenacidad de alud.

El sol mueve los ruidos, los pájaros, los peces
y tiende entre las flores largos puentes de miel.
Si revientan raíces, y pétalos, y frutos,
para qué la ardua pose funeral del ciprés.

Ah, formar con las sombras como con leños duros
un crujiente montón,
soplarlo con la sangre
y arrojarle los miedos que nos raspan la voz.

Y desatar el canto como un tumulto de aguas
y escupir el dolor.

El dolor...

(Ocupado, ocupado el teléfono sordo
del infinito
y discar tras discar y discar.
Dios, sé que no atenderás).

Pero hoy soy este cuerpo de espejo zigzagueante
este pelo insensato como un trompo embriagado,
este amor levitante,
este oliscar de perro cazador.

Hoy la vida pasea con muslos de amazona
y un olor de mujer me aturde como un gong.
Y pienso en los torrentes galopando la tierra,
en los ríos dentados de potencia y fulgor,
en las piedras sedientas triscando en la montaña,
en los cristos cobrizos herederos del sol.

Y pienso en los ocios de Dios.

¿No sabes de un planeta mejor, sin mercaderes
que trafican los sueños, las armas y el sudor,
que siembran al voleo la droga mercenaria
y ofertan paraísos en terrenales cuotas
por la televisión?

Qué ofrecerle a esta vida de ilusorios carteles,
de pobres en su guetto, de emboscados papeles,
de año viejo y dolor,
de año nuevo y dolor,
de corazones como el mío
que irrenunciablemente suena a noche y furor.

Mi corazón
con caries en las teclas
como un mustio acordeón.

Mi corazón hambriento,
mi corazón goteante,
mi poderoso
corazón...

La fuente

Mensajera poblada: tu plenitud de fruta
conjura mis naufragios como un ancla final.
Yo que arrojé mis ojos siempre por otra ruta
no pensé tus pies dulces floreciendo mi sal.

No imaginé tu vientre revoloteando el lino
ni tus manos de duende destejiendo mi red.
Yo que creí tus pasos fuera de mi destino
no presentí tu sombra cantando en mi pared.

Junto a mi largo frío sueñas como una cuna,
bajas por mis entrañas como un soplo de sol;
mullen mi sangre opaca tus vértebras de luna
y aromas mi garganta como un celeste alcohol.

Aduérmeme estos gritos que me muerden la boca,
que me raspan el alma como un turbión de cal,
aventáme este aliento de incendio que sofoca,
repárame la esbelta lámpara del rosal.

Dame tu beso oleoso, fresco, de hoja llovida,
que ordeñe como un río las piedras de mi voz.
Transmíteme el delirio que en tus pechos anida.
Ya de todo esto, entérate, algo he hablado con Dios.

Mecedora del mundo: mi hosca brasa se apaga
y una alameda blanda de sábana nupcial
me conduce a tu vientre donde el dolor naufraga
y se amansa entre pétalos mi pelambre animal.

Pobladora curvada. Venas sonando a espiga.
Desciendes desde lo alto con un ramo de luz.
Ya desde tus honduras la tierra es buena amiga
porque hoy maté mi muerte. Y tú fuiste la cruz.

Crucifiqué mi angustia sobre tus manantiales
rumorosos a siembra. Y te entregué mi sed.
Bebo en tu fuente eterna: brotará sin mis sales.
Pronto será aun más honda tu sombra en mi pared.

El arquero

Aspiro el aire verde del campo estremecido
y es como un pasto tibio y oloroso mi vello.
Hay también una verde ternura en tu vestido
y un murmullo de acequia se te pega al cabello.

Como el labio de un brote mi tacto en tu cintura
siente fluir la vida poderosa y cimbreante.
Tu garganta es un pozo sonoro de frescura.
El dulzor de la fiebre te sazona el semblante.

Con un húmedo anhelo de planta trepadora
voy rasgueando tu cuello, tu escote, tu corpiño.
Te adormeces como una música y se colora
de atardecer tu rostro mientras te desaliño.

La sombra se lastima la enagua en un alambre
que resentido asecha con sus uñas de púa.
Un relincho nupcial punza como un calambre
y es mi olfato en tu piel una terca ganzúa.

Nos amamos. La noche se aplasta contra un charco.

Besándote, he sorbido tu sangre como un vino.
Y se yergue mi sed como apuntando un arco
desde el temblor de tu alma al centro del destino.

Agua fértil

Crespa mujer que ríes como el agua entreabierta
por una piedra pura y cariñosa:
se ha pegado tu risa a mi boca desierta
y hasta puedo reír cosa por cosa.

Jadeantes como el pasto cuando llueven pezuñas
están mis dientes con su nuevo brillo.
Jugo de alegres brotes me baja por las uñas
y me circula un sol por el anillo.

Con esta risa froto tu nombre purpurino
hasta hacer de sus sílabas un júbilo de nueces.
Con esta risa mi carne pan mi sangre vino
y como un trueno el agua pongo a bailar los meses.

Fértil mujer que sueñas como un piano menudo,
caes en chorro y pulpa a mi garganta.
Con tu risa me lavo y me sacudo
como se moja en polen una planta.

Ríete, chacarera de pelo carcajeante
hasta hincarme un frescor de lengua en la lechuga.
Salpícame tu risa como un panal humeante
y siémbreme de cielo cada tajo de arruga.

Este dolor que traje de la ciudad que abrume
fue nada más que el humo negro de un falso rito.
Ya no soy ceño gris ni mi silencio fuma.
Soy espuela de pala y olor de maíz frito.

Campo de manos anchas meciendo amaneceres:
aquí estoy. Una risa de mujer me desnuda
hasta quebrarme vellos de sol como alfileres
y librarme del cráneo como de una peluca.

Ríe, mujer de trigo, de leche y golondrina
trasegando a mis uñas rumores de cosecha.
Mi sangre salta, mi sangre surte, mi sangre trina
y se me alarga en tallo como el galope en flecha.

Aquella boca mía que me amargó de besos,
aquellos flacos ojos de abeja equivocada
ya no hablan mi saliva ni me espían los huesos:
soy trampolín de risa balanceándose alzada.

Rubia mujer que ríes como el agua entreabierta
hasta hoyuelar de guiños los rústicos terrones,
sigue volteándote sobre mi voz incierta
como harina dorada para un pan de canciones.

Yo tomaré tu risa, goloso, a manos llenas
y golpearé mi vida con su pólvora hipante.
Y me iré, enjabonado con sus notas morenas
a zambullirme, riéndome, contra el río anhelante.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

El hijo pródigo

Trisca ondulando piedras tu pie de colegiala
y los labios del agua te besan los tobillos.
Tu perfume deshoja con sus perfiles de ala
las corolas del aire, fragoroso de brillos.

Como alientos de sátiro te rozan la cintura
las penumbras del verde que ruedan por la arena.
El jadeo del día como quemadura
pule sus bordes ávidos en tu carne morena.

Te miro huir, volante, nervios de crin sonora.
Tu perfume persiste largo como un camino.
Se desboca mi sangre, mi latido se atora.
Como el remo de un águila me remonto y me afino.

Y te pierdes –libélula, trineo, trino, escama-
más allá de las piedras, de la luz, del pañuelo.
Y me ciñe la piel con pellizcos de llama
y como en el galope se me echa atrás el pelo.

La montaña amontona sus trenes de horizonte

junto al azul tirante y tú casi la asaltas.

Se me afiebra la mano como un hacha en el monte
y saltando, más lejos, zumbas y saltas, saltas.

Seguirte. Hondazo. Ráfaga. Flecha incendiaria. Tiro.

Como si me agujaran con una avispa el flanco.

Desertaré la sombra solar de este retiro
en que, una a una, espinas de la ciudad me arranco.

Pero nada como este vegetal abandono.

Aquí la carne mustia fluye eterna y liviana.

Y con el corazón que es ya pródigo abono
me reintegro a la playa como a una novia aldeana.

Ella sabe que toso sabores de cemento,
que la ciudad me ahoga con su aire amordazado.

Por eso sigo estándome junto al río sediento,
sonriéndole a la luz como un árbol mojado.

Tirando piedras

Junto al río, esperándote. Me hurga una voz reseca.

Tiro piedras al agua como astillas de piel.

Sedienta como un charco la sangre se me obceca.

Tú sin venir. El alma me arde como un papel.

Terco escozor de besos me roe la saliva.

Nube oscura es mi pena que no quiere llover.

Cuando el agua me ondula la sombra pensativa

la siento una canoa amarrada a mi ser.

Cuánta borra en los labios de nostalgia y crepúsculos.

Lividez de mi carne que en tu carne es salud.

Puedo ceñir un árbol con mis súbitos músculos

pero intuyo una sorda madera de ataúd.

Y porque ya el silencio me hace sal las encías

y entre ramas la luna hiere como una hoz,

tirando piedras, piedras, me voy, como otros días,

mientras un grito mudo despelleja mi voz.

Deshabitado

Esperando que vengas, como un pálido
tronco impaciente por la primavera,
me dejo ser, crepuscular y escuálido,
con mi sangre pintándose de ojera.

Bajo mis pies el tiempo es como un barro
que me amorata, manosea y moja.
Pasa la sombra a tumbos como un carro.
Siento un adiós crecer como una hoja.

Tu vestido murmura como un rubio
río callando, como un agua suelta.
Suele tornarte luz, como un efluvio,
y flotarme la piel, como disuelta.

Quieto en la noche, aspiro tu memoria.
Espero y tiemblo con la voz vaciada.
La luna es una sábana mortuoria
sobre mi soledad de planta helada.

A veces llega con un aroma en vilo,
con tu peso de polen, con tu aliento.
Ahora, con sus cuernos, con su filo,
me desparrama tu color el viento.

Te escribiré de nuevo, con la pluma
como empapada en humedad de beso,
porque aun perdida –nave, brillo, bruma-
sigues creciendo en mí, hueso tras hueso.

Letanía por tu piel

Tu piel cayó en mi sangre como un trueno en el trigo.
Me enronqueció de golpe como un brusco aguardiente.
Me hirió como la uña del agua rasga un higo.
Como un musgo lamió las piedras de mi frente.

Me puso pajareras de fiebre melodiosa
sobre los hombros ávidos de verdes, ríos y alas.
Para mi ángel cavó en tu vientre una fosa.
Sobrecogió mis poros como un humo de balas.

Olía a miel, a luz, a penumbras de cardo,
a primavera púber, a sed de flauta, a lino.
Transmitía a mis muslos hervores de leopardo
con su dulce rumor de pétalo en el vino.

Polen leve y violento, misterio de redoma,
fui por su lloviznar surco y raíz salvaje.
Me transpiró los nervios como un potro en la doma.
Me musicó los músculos con cadencias de oleaje.

A través de tu piel fui más hombre, más hondo,
supe del berro, el barro, la harina, el pan labriego.
Me hizo humano hasta el llanto y el zarpazo, hasta el fondo
de la tierra, hasta el aire, hasta el agua, hasta el fuego.

Tu piel. Su ausencia ahora me crispa como a un ave
de rapiña que cierne su garra en el vacío.
Sin horarios, sin fechas, sin domingo, sin llave
pregunto por tu piel como un ciego con frío.

Era de soledades, puramente olorosa.
Cuando ardías soltaba señales de humo triste.
La necesito. Tengo la garganta arenosa.
Roja araña la sed, en mi lengua persiste.

La tuya. No otra piel. Como tu vida, es única.
Quiero vencerla. Quiero su columpio y su fragua.
Envolverme en tu piel igual que en una túnica
cuando emerjo goteante como un buzo del agua.

Debo buscarla. Debo dar con su húmeda brasa.
Debo abarcarla pronto porque aún mi vello es rudo.
Sin tu piel yo no puedo volver temprano a casa.
Sólo tu piel, tu piel, para no estar desnudo.

Estampa

Rueda, agraria, la tarde
sobre el campo dorado.
Traza surcos de sombra
con jadeos de arado.

La llanura en reposo
huele a distancia y verde.
Una vaca se borra.
Una nube se pierde.

El campesino apaga
la luz de sus herramienta.
Pronto arderá sus oros
piadosos la polenta.

El vino, como un sol,
parpadea en el vaso.
El pan abre su tierna
tibieza de regazo.

Después, dormir. Afuera
el campo alumbra. El tallo
hilvana jugos. Tasca
tinieblas el caballo.

De nuevo, a la alborada
sudará el campesino.
Nada varía. Es suelo
alambrado el destino.
Avanzará hacia el día
con la cabeza tarda.
Duerme ahora. La tierra,
como otra esposa, aguarda.

Torrencial

La ubre amanecida enciende un fuego angélico
en la mano del hombre que la rinde enjugándose.
Pródigos chorros rítmicos murmurando blancuras
se enraciman gozosos como bocas humeantes.

El tarro tintinea cantarín. Se ensimisma
y es como una garganta que hacia el pecho se ahonda.
Después, sólo un susurro nevado aroma el alba.
El viento, por los campos transpira hombreado sombras.

El estaño rebosa como escote de gringa.
Hinchazones de espuma mullida lo desbordan.
El ordeñador frota sus manos de alfarero.
En paz, la ubre húmeda es como una paloma.

Desasida, la vaca mira el hombre nervudo
que transmitió a su entraña intraducibles músicas.
Libre, leve, lavada, tiernamente anhelante
rasga con sus mugidos las gasas de la altura.

El día se insinúa con dorados de tigre.

La marmita del sol se derrama, borbolla.

Calmo, el ordeñador se apodera del mate
y es una mama tibia la bombilla en su boca.

Risa en alto

Para que no comenten mi pasado de búho
ni digan que es mi celda monacal la penumbra
quiero apuntar mi risa como un chorro de riego,
colgar –paraguas pálido- de algún clavo mi angustia.

Sé que andan rostros límpidos de fragante alegría,
bocas que entregan cantos como un tronco una cuna.
Y sé que son los menos. Que se les gasta el alma
como a un pobre monedas en los bares con música.

Pero son. Miden cuánto vale un hálito de alas,
cuánto un sol delirante, cuánto un verde sin púas.
No han olvidado el cuarzo sinfónico del alba
ni las manos del aire redondeando una fruta.

Para no recordar mis pisadas de miedo,
mis palabras agónicas como yuyos sin lluvia
quiero trizar los vidrios cerrados de la sombra
a fognazos blancos de carcajadas rudas.

Y ya río. Ya vibra como un arco mi lengua,
ya en mi garganta exprimen sus pezones las uvas.
Atrás los otros, ínfimos. Los que gritan “poseo”.
Como un avión corriendo yo hago del suelo altura.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora

Coda

UniRío editora incluye en esta reedición de *La sangre en armas* un corpus de comentarios, críticas y menciones que en su momento recibió la obra, desde distintos medios de expresión gráfica. Se trata de una muestra de las muchas y variadas (todas celebratorias) críticas a las que se hizo acreedora esta obra del poeta Guevara. No es habitual que la aparición de un poemario se vea reflejada de modo plural, y que los autores sean conocidas plumas de la literatura nacional; por eso, y para que no se diluyan en la niebla de los años aquellas referencias y bienvenidas, transcribimos una parte de las mismas, directamente desde de las fotocopias agrisadas y genuinas que nos brindó el autor.

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora

REVISTA COMENTARIO N° 32, Buenos Aires. Segunda entrega 1962 ¹

La Sangre en armas, por Osvaldo Guevara, Ed. La Calle, Río Cuarto, 1962

SENTIMIENTO y paisaje, dinámica de una poesía que entronca con una ascendencia lírica inobjetable, es la suma valorativa de este joven poeta argentino, advenido y crecido en la patria chica de Lugones. Y este nombrar al impar creador de la palabra tiene, asimismo, la necesidad de la referencia. Osvaldo Guevara, atento captador del milagro verbal, es en su obra una procedencia auspiciosa y benéfica -y personalmente, distinta- del espíritu lugoniano.

Tiempo vendrá en que se decantará este proceso generacional de la poesía argentina y entonces el libro de Guevara servirá de útil amojonamiento para compenetrarse de la índole de la inventiva y de la pura cautividad de la belleza que distingue cierto replanteamiento de la literatura nacional. En “La sangre en armas”, se asiste a un retorno a la intensidad popular de la poesía, dentro de un estilo, a la vez clasicista y moderno; y se comprende que el equilibrio temático parte de la consustanciación anímica devuelta hacia una conciencia existencialmente vital.

Este poemario es joven de creación y de invención; es bullente sangre que se extiende a través del libro como inagotable caudal de exaltación poética. Guevara es, al punto, ese gallo enhiestado y rojo que se desdobra en la portada del libro y al cual hay que contemplar y admirar en su varonil mocedad antes de continuar leyendo los demás poemas.

Si algo atendiera a una posible definición espontánea de la poesía guevariana sostendríamos la teoría del deslumbramiento. Es decir, esa magnitud de observación atónita que encausa ásperamente y que distiende su eco en un incendio sonoro. Bastaría señalar estas presencias afirmativas: “Solitario y ansioso como un nauta, / crispo mi sangre de alta travesía, / y me la palpo pulpa de sandía/

¹ Los versos que L. FURLAN cita en su comentario corresponden a la edición original de *La sangre en armas* (1962). Para nuestra edición, el autor los ha corregido o directamente eliminado. Nota del editor.

y me la escucho júbilo de flauta.”; “En la penumbra azul, cortado a plomo, / redondo, espeso, turbio, indiferente, / deja que el aire, perezosamente, / le espolvoree aromas sobre el lomo.”; “Pero yo tuviera una palabra, / ah, una palabra sola, / abierta y brusca, / ancha y caliente como una germinal cadera”; “Hombre de piel violenta y engrandecidas manos. / Cobre de tierra antigua te apenumbra los ojos. / Caminas lerdamente. Como si se quedara / acostada tu sombra por entre los rastros”; “Entre el hombre y el agua / anda el verde gritando”; “Y ya río. Ya siento como un panal la lengua, / ya en mi garganta hierven jugos de azul las uvas”. Fácil es advertir una gravidez metafórica e imaginativa en esta poesía estridente y no desequilibrada.

Contrariamente a lo que suele acontecer, hay que entrar en la prologística del autor. Es auténticamente documental y su testimonio confirma la actitud poética: “la de sostener los fueros del impulso dinámico y fundador de la sangre, esto es, de la plena y jocunda aptitud vital, respirando vientos de elástica potencia por olímpicos y primitivos pulmones vencedores”. Es esta premisa lo que lo acerca a la propiedad lugoniana y no a las posibles o ulteriores reminiscencias. Como el genial poeta, Guevara tiene autodeterminación y coraje de enfrentamiento y, en la similitud mencionada, decisiva orientación por el hombre y su paisaje, en una relación no estrictamente telúrica “como ocurre, verbigracia, con los poetas nortños”, sino en la vivencia de las partes de un gran rompecabezas que unidas integran los trabajos y los días del ser cantado. Así, animal y amor, tierra y pasión congregan egocéntricamente el mapa del poeta cordobés y demuestran que, como él lo declara, seguir escribiendo es en sí biológico, impostergable y fundamental. Admirable declaración en nuestro tiempo de castigo universal de la belleza y de la verdad.

Este libro de Guevara —antes fue “Oda al Sapo”— está ilustrado con acierto por Franklin Arregui Cano y la edición ha sido auspiciada por el diario “La Calle”, de Río Cuarto, donde el poeta dirige disciplinadamente el suplemento literario dominical, uno de los más importantes que se publican en el interior del país.

LUIS R. FURLAN. Buenos Aires

Revista VIGILIA, HOJAS DE POESÍA, Castelar, Buenos Aires. Mayo y Junio 1962

LA SANGRE EN ARMAS, por Osvaldo Guevara, Ediciones “La Calle”, Río Cuarto, 1961.

Ante la lectura de este libro, de rotundo y revelador contenido, pensamos que en el verdadero poeta las palabras adquieren el vigor de su sangre, recobran su primitiva expresión y son válidas aun sirviéndose de formas empleadas en épocas bien delimitadas, y actualmente consideradas como clásicas.

Nada restringe, en efecto, la necesidad expresiva de quien sabe valerse de su propio estilo, de la propia existencia, para dar su mensaje, ni despoja a éste de actualidad la búsqueda de elementos estéticos dentro de estructuras consolidadas, y por lo tanto difíciles de renovar, de rehacer. Guevara demuestra en esta nueva entrega que el soneto es eterno, que la poesía debe seguir una natural evolución desde sus hondas raíces y recursos formales, aunque también se deja llevar por la libre y estallante enunciación de sus invenciones, de las imágenes y de esas penetrantes visiones que dan como resultado un mundo grávido y alucinado.

Dos aspectos esenciales ofrece, así, su elaboración poética: el descriptivo, por el que reedita en su percepción los actos y sucesos universales, imponiéndoles un nuevo y biológico lenguaje, que es la riqueza que subyace en su instinto poético; y el más importante para nosotros, porque da una versión más íntima, evidencia su hondura lírica por un movimiento interior que anima sus palabras y deja entrever, antes que la deslumbrada significación externa, su vibración originaria, su estremecimiento cósmico.

Se vive en este libro, pues, una poesía que sirve de expresión para el mundo que excita al poeta, pero que a la vez devuelve al mundo una voz original, que necesita para su unánime revelación.

“La Sangre en armas”, en su proceso creador, deja tras sí no sólo la realidad de una poesía que responde a un vigoroso mundo interior, sino también la estela de una búsqueda inusitada, que no puede eliminar algunas veces cierta exuberancia, aunque no interfiere en los mejores logros del poeta cordobés. Pero esta búsqueda de expresión es finalmente la poesía, para que ella sea el hombre mismo. Pensamos, con Ménard, que “si el poeta no deja que la poesía le habite orgánicamente, más vale que renuncie a ella”.

ALBERTO LUIS PONZO. Buenos Aires

Diario *EL MUNDO* de Buenos Aires. 21/2/1962

La Sangre en armas por Osvaldo Guevara

El autor de este libro de poemas integra las nuevas legiones poéticas del interior. Regido por el medio donde recoge sus experiencias, en sus versos alienta el sentimiento de la naturaleza y se acuña una limpia emoción bucólica. Por momentos, un férvido y como sublevado realismo (la lección de Rimbaud no ha perdido vigencia) constituye el fundamento de sus desiguales creaciones. Esa propensión es más notoria allí donde el poeta intenta mostrarse vívido y convincente.

En la presente etapa del proceso poético argentino, vale decir, ahora y aquí, los poemas de “La sangre en armas” comportan una singularidad y definen una disidencia. Esa actitud insular es perceptible en las formas y los temas que asume su autor. En efecto, mientras los líricos de su generación cultivan una poesía que renuncia al mundo sensible y que prescinde de la realidad corpórea, Guevara mira todas las cosas creadas para celebrar su color y su música. Sus versos nos comunican el sabor del mundo, como si la prédica sombría de los modernos “agonistas” no hubiera gravitado sobre su espíritu. En este sentido, cabe definirlo un buen heredero de la tradición clásica y racionalista.

Ningún hermetismo, ninguna ambigüedad, ningún misterio perturban el equilibrio interno de su poesía. Ahora bien: esa complacencia en lo concreto y sensorial se manifiesta mediante los recursos que fueron propios del Modernismo. Se diría que innova por retropropulsión. Los brillantes efectos lineales de Lugones y de Herrera y Reissig (“como el temblor llovido de tu enagua”) resuenan en su lateral y sugestivo libro.

Poeta esencialmente plástico, Guevara ilumina y vuelve a crear todas las cosas que rozaron su despierta emoción.

CARLOS MASTRONARDI. Buenos Aires

Diario CLARÍN, Buenos Aires. 13/9/1962

La sangre en armas de Osvaldo Guevara

Bastaría El gallo rojo –soneto que inaugura el libro y pilotea una tropilla de catorce piezas similares- para colocar a Osvaldo Guevara entre los poetas auténticos. Es capaz de mantener esa forma tiránica y de moverse en su interior con (valga el aparente contrasentido) disciplinada libertad. Y más importante todavía es esto si se atiende al hecho de que Guevara es un poeta caudaloso, efusivo, extrovertido, vital, necesitado de anchos espacios para desplazarse a gusto, como lo prueba en algunos de los poemas, más extensos, que componen la segunda parte del libro. Pero si nos detenemos en los sonetos es porque en ellos realiza el milagro de desatar su fuerza creadora con una vivacidad persistente. Una aguda visión de las metáforas (un ejemplo: “campesina con siesta en la pollera”) ensancha repentinamente el espacio formal rigurosamente amojonado, y sus sonetos alcanzan así un vuelo, una trascendencia semejante a la de sus mejores poemas de mayor extensión, tales como Oración roja o Letanía por tu piel. Justo es, por consiguiente, subrayar la presencia de este poeta cordobés, cuyo primer libro aparece ilustrado por Franklin Arregui Cano.

HECTOR P. AGOSTI. Buenos Aires

Diario LA NACIÓN, Buenos Aires. 5/5/1963

La sangre en armas por Osvaldo Guevara

Ya en su “frágil opúsculo” “Oda al sapo y cuatro sonetos”, así como desde la revista *Cristalomanía*, Osvaldo Guevara había anticipado la presencia de una intensa vocación poética. “La sangre en armas” confirma parcialmente este anuncio. Desde un punto de vista esencial, Guevara no desmiente aquí cuanto cabía aguardar de su primigenio fervor, una vez que el tiempo decantara sus exaltaciones y madurara sus asombros y sentimientos. Pero no puede decirse lo mismo del rigor necesario para seleccionar el material de su libro. Es verdad que, como él mismo se encarga de aclararlo, las composiciones incluidas “datan de aproximadamente seis años a esta parte”, pero justamente por esa razón debió obligarse a un mayor rigor selectivo, a un más empinado renunciamiento. Aunque Guevara sostiene que buscó una coincidencia esencial para el agrupamiento, el resultado no permite apreciar el intento. Cuando un poeta alcanza la madurez expresiva de que Guevara da muestras en “Oración roja” y “Hacia el grito”, por ejemplo, debe imponerse el rigor de desechar experiencias menores. “La sangre en armas” es, en consecuencia, una obra acentuadamente dispar. Los sonetos y algunas otras composiciones formales no constituyen, seguramente, las estructuras más adecuadas para Guevara, que necesita otros cauces para volcar su tono apasionado, vital, capaz de aprehender los mínimos brillos de la naturaleza y las más escondidas esencias del hombre. En efecto, cuando circula por ellos, paradójicamente, su llamado se hace más denso y contenido y su voz adquiere su auténtica dimensión.

JOSÉ VIACABA. Buenos Aires

Diario *NUEVAVIDA*, Avellaneda, Buenos Aires. 23/6/1962

Oswaldo Guevara: poeta

En la misma línea de su primer libro “Oda al sapo y cuatro sonetos” (1960) ubica Oswaldo Guevara, el joven poeta de Río Cuarto (Córdoba) los poemas de “La sangre en armas”, composiciones que reiteran y ahondan un sentido exultante de la vida y un ceñido rigor que no impide el vuelo de su imaginaria deslumbrante y gozosa. “Sus versos nos comunican el sabor del mundo” ha dicho de él Carlos Mastronardi, uno de los más importantes poetas argentinos y, quizás, el más clarividente crítico de poesía con que cuenta el país. Efectivamente, en medio de tantas flácidas y casi atónicas ejecuciones seudolíricas que nos vemos obligados a padecer en nuestros días, los poemas de Guevara nos parecen hechos de sangre y nervios, de zumbadores silbos y cálidos colores. Algo que nos recuerda al Nalé Roxlo de El grillo y al Luis F. Franco de sus libros iniciales. Como en los poetas mencionados, es patente en Guevara la raigambre virgiliana de su canto, su propensión adánica, nominadora; la feliz amalgama entre control y espontaneidad. Porque se hace necesario insistir sobre la eficacia de una expresión mediante la que el poeta manifiesta su lealtad al clasicismo tradicional, pero sin almidonarse retóricamente ni ablandarse en delicuescencias. Sus sonetos, como los de Miguel Hernández, prietos de vitalidad y de sabrosos hallazgos verbales, rompen la estrictez de sus catorce barrotes para respirar el aire puro e impuro de las cosas. El vigor y la agudeza visualizadora de sus descripciones, unida a su potencia inventiva y a su temperamento fuertemente impregnado de sensualidad, objetívanse en sonetos como El gallo rojo y Soneto olfativo. En esta suerte de “conceptismo acriollado” que Guevara utiliza para verter la elaboración de sus percepciones, va recreando y confiriéndole una nueva luz “un nuevo destino” al mundo circundante de las criaturas y las cosas de la naturaleza.

Hoy los poetas suelen extraviarse en el camino de una indagación anímica, de un buceo que, por lo común, se relaciona más con el psicoanálisis que con la poesía. Guevara rescata lo que siempre fue esencial función del verso, es decir la revelación de la belleza por medio del poder creador y evocador de la palabra co-

municativa. No nos atrevemos a motejar de anacrónica su poesía, reproche que otros le harán, sin duda. Porque para nosotros la validez de una obra poética no depende de la adscripción más o menos auténtica de su autor a temas, estructuras, orientación definida por una corriente, sino de valores líricos intemporales, eternos, en los que se muestra pródigo este poemario de Osvaldo Guevara, uno de nuestros poetas jóvenes con menos riesgo de caducidad y olvido.

ANTONIO REQUENI. Buenos Aires

Revista ATLÁNTIDA, Buenos Aires. Junio 1962

La sangre en armas – Junio 1962

Lo sabemos desde los difíciles días en que el inverecundo Villon robaba verduras y desde los tristes días en que el fauno Verlaine escribía sus versos musicales (*De la musique avant toute chose...*) en el hospital, y lo homologamos en los días actuales en que el poeta cordobés insufla desde Río Cuarto su sustancia metafórica en el cuerpo de la poesía argentina: la metáfora es aceptable solamente cuando con su sentido figurado descubre la objetividad de un sentido recto, tal como –en otro orden de ideas, pero, si se piensa bien, muy afín- la realidad es tolerable únicamente cuando penetra en la zona o, como lo dejó dicho para siempre el Verlaine *padre y maestro mágico, liróforo celeste*, “ou l’indécis ou Précis se joint”. Osvaldo Guevara, que nos había dejado estupefactos en 1956 con su “Oda al sapo”, sabe que el Génesis empieza con tres proposiciones que la historia del hombre no común (decimos el poeta, el escritor, el artista) ha demostrado aventando todas las refutaciones: en el principio fue la idea, el amor y la metáfora. Para Osvaldo Guevara no hay idea relampagueante que no pueda medir su ce-raunómetro de amor y no hay metáfora imposible que no pueda crearse con la rigurosa exigencia de una idea profunda o brillante o absolutamente nueva o francamente insólita. El antiguo problema de que no hay manera de traducir la emoción o la idea (poesía y filosofía) a un lenguaje inteligible, cuando idea y emoción son tallos de la raíz poética, es un problema que los poetas metafóricos, *pero* profundos, ya han resuelto. Es verdad que hay misterios inextricables, como el que dio nacimiento a la frase de Baudelaire: *la sirvienta de gran corazón que celosa...*, con la que sentimos una fuerza que se mantiene intacta desde hace ciento nueve años y se conservará en su multimilenaria inmortalidad, pero estas excepciones no destruyen la novísima regla de nuestra época: sin la metáfora no diremos lo extraordinario, y lo extraño, nuevo, profundo y original sólo puede ser extraído a la superficie si desciende al fondo el buzo metafórico con su escafandra *frisson-parole nouveau*, y Hugo no desautorizará (su cabeza de abuelo indulgente) que complementemos la expresión que usó para definir la

poesía del pontífice de “Las flores del mal”. “La sangre en armas” -nosotros, tan erasmianos y expectantes, ¿cuántas veces hemos hecho proclamaciones como la que se va a leer?; ya se sabe que muy pocas- es uno de los poemarios más desbordantes y vibrantes de la poesía nacional y es seguramente uno de los primeros en que la “re-creación” de palabras, la sutileza de las imágenes y el fuego de las sugerencias “humanidad, sentidos de la pasión, apasionada fe y reflexiones medulares- alcanzan una sapiencia y un juego con pocos antecedentes en la literatura argentina. Declaramos que el riocuartense Osvaldo Guevara, por ser un seguro conjurador de paroxismos y serenidades y un sostenedor de los fueros del impulso dinámico mantenidos en elástica potencia y, a un tiempo, un defensor de los vitalismos que no excluyen el zumo intelectual, es uno de los poetas que al fin ha cristalizado en nuestro país eso que llamaríamos “debemos darle un nombre y no tenemos a Joyce para que lo haga- la barbarie generadora consustanciada con la estética que la expresa y la traduce en la elocuencia de una poesía sólida, profunda y sin embargo original.

BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT. Buenos Aires

Diario *LA CALLE*, Río Cuarto, Córdoba. 13/05/62

La sangre en armas, de Osvaldo Guevara

Se diría una neta afirmación revolucionaria: La sangre en armas. ¿Y quién no se siente revolucionario en plena juventud si, además, es poeta? Porque esto es, cabalmente, Osvaldo Guevara: Poeta. No es poco afirmarlo, y satisfactorio, además. Entre tanto versificador fácil como proliferan, poder afirmar, con honda y segura convicción que estamos ante un Poeta “cosa tan distinta del que solo puede hacer versos- constituye un motivo de orgullo y de placer de coterráneo, esta comprobación.

Hay algo de pánica consubstanciación de poesía de Guevara con la idea generadora, o inspiración, si podemos usar el vocablo, ya que se nos antoja que la idea que alienta en ella se elaboró arduamente, en una búsqueda infatigable, tenaz, de las imágenes traducidas en la sonoridad musical de las palabras, así como en “Hacia el grito” cuando dice: “Ah, la palabra que recorta y decide, que humea y huele, que bulle, palpa y pesa”. Sí, que pesa con todo su peso humano, denso, verbal; que se posa en el papel o se sostiene en el aire para certificar el valor exacto del grito, del exabrupto, del suspiro. ¿Quiénes, de los que tratamos de escribir, no hemos transpirado, impotentes a veces, detrás de la palabra justa, única, exacta para una definición recta como un impacto? Guevara la encuentra: “las siento saltar como tibios surtidores en mi lengua, escucho mi sangre suelta, proyectándose más allá de mi cuerpo, en las palabras”; pero no doctamente, filológicamente diríamos, lo que tornaría frío al verso, académico; la poesía de este escritor cordobés es vital, fulgurante, tiene sabor a sangre, a sexo y vida “sin el menor asomo de bajo instinto- glorificando más bien la maravillosa pureza del instinto.

Otra condición de Guevara: su cualidad de sonetista. Es ardua, difícil, agobiadora la disciplina del soneto -¿Será por esto que tantos de los nuevos poetas lo eluden?- desde su inicial “El gallo rojo” hasta el último libro, los sonetos de “La sangre en armas” están contruidos con capacidad de maestro. Rítmicos, musi-

cales, con la fluidez natural de una vertiente, y rumorosos, seguros en la exposición de la idea que estalla y vive como una llamarada con imágenes de perfecta belleza, como una estatua griega.

¿Qué su poesía tiene un profundo sentido sensual?, dirán, tal vez. Sí, en lo que esto tiene de compenetración, de comunión con la tierra, con lo humano, con la vida y la glorificación del sentido pánico de la vida, de su raíz telúrica y estremecedora desde la honda tibieza de sus entrañas.

Más justo, quizás, sea encontrar en Guevara algo de sonoridad verbal, una profusión de ideas y de adjetivos sonoros, pero, es que la poesía, su poesía se lo exige y él no puede -o no quiere- eludir ese llamado. Lo malo sería que se limitara, que se midiera ahora, en su pujante juventud. Ya irá trabajándose, haciéndose sobrio, exigente, ya que la enfermedad de ser joven lleva su terapéutica en los años.

Con idéntica seguridad se maneja en el verso libre, más actual o moderno, como lo prefieren muchos. Prueba de ello son “Oración roja”, “Madrigal bárbaro” y “Hacia el grito”. En éstos, sobre todo en “Oración roja”, la idea prima sobre las imágenes, siempre justas y bellas. Para Guevara, entonces, es trabajar, amar, luchar y sufrir, extasiarse frente a un árbol o una mujer y sentir el intenso goce de saber que puede amar ¿y por qué no?, poseer a esa mujer, y admirar y sentir esa fuerza lenta, segura, inmovible que hace tan hermosa a la mujer y tan perfecto al árbol.

Lo que no es poco para el Poeta y el Hombre.

ANTONIO STOLL. Río Cuarto

Revista ESTUDIOS, Buenos Aires. Octubre 1963

OSVALDO GUEVARA – La sangre en armas. Ediciones La Calle.

Con “La sangre en armas”, vibrante título que promete revelaciones plenamente cumplidas luego, Osvaldo Guevara obtuvo la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Y en verdad, las imágenes que surcan su quehacer, poblado de briosas pujanzas, que enfilan directamente al ánimo del lector, como dotadas de independencia expresiva, son un llamado a las más íntimas fibras de la humanidad, esas en las que anida el hombre-arquetipo, tan estudiado por los científicos, pero al que sólo tiene acceso la emoción del artista.

Las imágenes de este poemario están provistas de movimiento, como conviene a su naturaleza directamente comunicativa, al tono y la intención señaladora del autor, nutrida de síntesis verbales. En medio de ellas hay formas que abarcan el sentimiento poético, por señalación de extremos, entre los cuales avanza la pasión humana. “Era un otoño. Ahora es primavera”, es una buena forma de recibir esa íntima vitalidad, no exenta de melancolía, que caracteriza a la poesía de Guevara.

En otras instancias de la misma se advierte el tono elegíaco, refractado en vocablos y formas como “el aceite del verano”, la “luz de hierro”, o el “vidrio en las alas”, cuya resonancia crea imágenes de señalada vocación angélica, a la que tan afecta es siempre la poesía argentina de nuestro siglo.

Osvaldo Guevara consigue formular un canto bucólico, en el que la presencia continua del hombre en su dimensión actuante, plena de humanidad, justifica y vitaliza el título del poemario y el sentimiento del poeta, ya de por sí generosamente dichos. El campesino con su herramienta, el vino que ilumina como un sol, y la llanura, escenario de vida, son términos felices de esa alta empresa. Osvaldo Guevara es un poeta. Si a veces “como en “Madrigal bárbaro”- cruza por sus versos cierta ironía punzante, ella no es sino revitalización de una ternura que también adopta formas de coraje viril. Y el poemario resulta, así, un grito verdadero, como de sangre caliente.

ALBERTO BLASSI BRAMBILLA. Buenos Aires

Revista *EL FANTASMA FLACO*, Buenos Aires. Junio 1963

La sangre en armas, de Osvaldo Guevara

No es difícil precisar las características fundamentales de la poesía de Guevara: en primer lugar, y ello es perceptible de inmediato, se advierte la presencia de una imaginación desbordante, caudalosa, “aluvional”, según el propio poeta lo reconoce en la “solapa” del libro; si a ello unimos el hecho de que Guevara evidencia conocer a fondo los múltiples matices del idioma, tendremos dadas condiciones que son importantes para una ulterior evaluación. A su vez, si estas características tan positivas logran integrarse entre sí y en relación profunda con eruptiva fluencia vivencial del poeta, siempre y cuando éste se halle en posesión plena de su libertad interior, lo cual es índice básico para la concreción de una creación trascendente, nos hallaremos sin duda frente a una poesía de dimensión definida, claramente singular. Pero ocurre que en Guevara tanta euforia de la fantasía y de su correspondiente materialización han sido encasillados, parapedados, diría atrincherados, en un molde preestablecido, en una estructura formal a la que el poeta se atiene previamente antes e incluso durante el momento de dar rienda suelta a su necesidad creadora. Tanto en los catorce sonetos de la primera parte de la obra, como en la mayoría de los dieciséis “Otros Poemas”, observamos la compulsión repetitiva del autor de la memorable “Oda al sapo” a sujetarse, tal vez inconcientemente, tanto se ha hecho carne en él la estructura de que se vale, a un esquema rígido del que aún no ha podido desprenderse y que traba, a mi entender, la validez objetiva de sus realizaciones. No obstante, y aún a pesar del mecanismo utilizado, es decir a pesar de sí mismo, podemos citar como cabalmente logrados, emergentes sobre los demás, los sonetos “Vital”, “Soneto olfativo” y “La sequía”, y los poemas “Tierra inmóvil” y “Tirando piedras”.

Coincido plenamente, tampoco esto es difícil deducirlo, con Guevara cuando dice: “Pienso seguir escribiendo. Ello es en mí biológico, impostergable y fundamental”. Coincido porque se advierte a cada paso del libro, porque podría transcribir innumerables ejemplos que confirmen la verdad de tal afirmación.

Como el que sigue: “Te grito desde un planeta pobre/ con animales tristes y esquinas de metal/ con hombres fatigados de repartirse dioses/ y el odio a domicilio como la carne y pan”.

SIMÓN KARGIEMAN. Buenos Aires

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo

Oswaldo Guevara

La sangre en armas

La sangre en armas expresa el sagrado impulso de la vida "ubérrima" mediante la descripción de los animales (el gallo, el toro, el buey), la energía del sol y del agua alimentando la tierra abierta, el cuerpo propio y el de la mujer imantados por un deseo atávico. La voz lírica canta aquí en el paroxismo de los sentidos plenos lanzados sobre la fertilidad de lo viviente brotando a borbotones por doquier, ese estado interno se trasmuta en poesía mediante un trabajo rítmico notable (la rima, el incansable juego de aliteraciones) y las sucesivas imágenes plásticas donde la sangre se reitera en un vértigo alucinante: "Crispo mi sangre de alta travesía/ y me la palpo pulpa de sandía/ y me la escucho júbilo de flauta".

ISBN 978-987-688-135-7



UniRío
editora



Universidad Nacional
de Río Cuarto

#YoMeQuedoEnCasaLeyendo
UniRío editora